



Almecees comunes del Jardía Botánico

darrama, y hasta probablemente el frío les hace más aguerridos.

Quisiera ver Madrid lleno de almecees, cuya bendición haría más próspera la capital.

Para eso bastaría con que ese volante que da el jardinero mayor a los que desean plantar árboles en sus jardines fuesen para almecees, en vez de para acacias: «Entréguese al dador veinticinco almecees adolescentes.»

Madrid, bajo los almecees de catorce metros y brazos de coloso, tendría sombra en verano, y en invierno aplacaría al cielo y al aire con el gran aspaviento del gesto desnudo de su ramaje.

AGUAS SALUTÍFERAS

Focos salen ya las fuentes escondidas de las que brota mayor salud que

LOS ALMECEES

Los jardineros tienen sus árboles favoritos, y por eso no se les puede decir nada; pero se está cometiendo una injusticia con el almez.

En el Jardín Botánico crecen con más rumbo que los otros árboles los opulentos almecees, como si contra las prescripciones de las botánicas les hubiese gustado el terreno de Madrid.

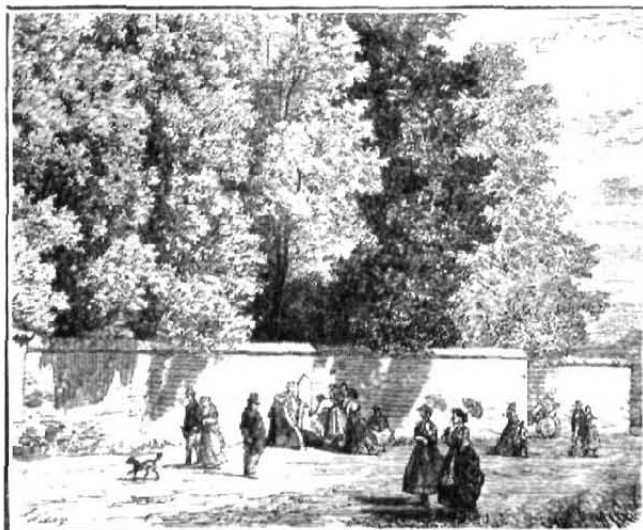
Los almecees en las calles y paseos de Madrid darian á la ciudad un valor de ciudad centroeuropea, convirtiéndola en todo lo venerable que convierten á una población los árboles de catorce metros de altura. No sé por qué asociación de ideas se podría decir entonces que Madrid resultaría más arzobispal.

La acacia ya va resultando pequeña para emparejarse con la nueva arquitectura. La acacia rimaba bien con el Madrid de casas de uno y dos pisos; pero se proporciona mal con los rascacielos. Era alegre guitarra de alegría sobre fachadas estilo español; pero ahora se ha quedado enana y novia de los pisos entresuelos.

Da la casualidad de que todos los almecees del Botánico y algunos que hay en el Retiro han prosperado en el difícil clima de Madrid con alto y vigoroso vuelo. Se ve que la camiseta de su corteza aguanta el frío del Gua-



Otro colosal almez de Madrid



Fuente de la Casa de Campo

de las que manara el agua barata y abundante para todos.

Un instinto especial de la doncella que guía al niño ó del padre ó quizás del abuelo, guía hacia esos grifos de agua más metálica que las demás aguas, y cuyo bien va tragándose la tierra, siendo á eso probablemente á lo que debe Madrid su perennidad.

En la mayor ausencia de la farmacia que caracterizaba al pasado, las fuentes adquirían el valor de una farmacopea esencial, que despachaba su bálsamo sin poner coto ni reparo.

Aquellos valientes antepasados buscaban el acero del agua, como queriéndose poner ojos de ídem en todas sus ruedas interiores. Aún no se había llamado ferruginosas las aguas, y por eso relucían más, llamándolas aceras.

Aquellas gentes que en la mañana madrileña buscaban esa galvanoplastia profunda del agua de acero, volviendo á la Puerta del Sol como blindadas por dentro, tenían una credulidad natural que nos ha ido faltando. Ahora no se cree en el acero si no se masca ó no está encarecido por el específico.

La fuente del tapial de la Casa de Campo, que tiene manchado de hierro el babero de piedra de su grifo, no recibe la atención de un vaso implorante, por más que pasen las horas. Quizás algún peregrino de los que tienen mapa de fuentes y caminos es posible que alargue su concha hasta recoger algo del chorro.

La fuente de la Salud, en el Retiro, estando más cerca de todos, está más abandonada.

La casa del contrabandista que la vigila de cerca no ve llegar á aquellos grupos de niños con te en la nodriza entrañable.

Los niños van ahora á los jardines con la consigna de que no beban agua en la calle ni tomen caramelos. Se trata de evitar la fiebre súbita y alarmante; pero no se evitará también con eso aquella recidumbre heroica de los niños que salían de la aventura que era la infancia de antaño?

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



La fuente de la Salud, en el Retiro

FOTS. CORTÉS